

Historias de la Chicago argentina. Rosario, Imaginarios y Sociedad 1850–1950

Autores: Alicia Megías, Agustina Prieto, Analía Vanesa Dell' Aquila, Mario Glück, Javier Chapo, María Pía Martín, María Luisa Múgica y Pablo Montini
Editorial: UNR Editora, 2022, Rosario, 246 pp.

ISBN 978-987-702-603-0

Celina Giménez

Facultad de Humanidades y Artes,
Universidad Nacional de Rosario.
celina.aire@gmail.com

<https://doi.org/10.14409/culturas.2024.18.e0053>

Historias de la Chicago argentina. Rosario, Imaginarios y Sociedad 1850–1950 es un libro que interpela desde su portada: una efigie femenina de torso desnudo se alza sobre un río, los pliegues de su falda se funden con el oleaje. La figura parece salir del plano y proyectarse sobre el lector: se trata de una mujer joven, de rostro firme y brazos fuertes que levanta un buque con tres mástiles sobre sus hombros. Fascina su belleza y gracia, así como su vigor. Del fondo de la imagen emergen formas más rectilíneas que revelan algunas edificaciones portuarias como silos y galpones. El grabado elegido como imagen de tapa

pertenece al artista rosarino Julio Vanzo, y retrata una Rosario joven y potente, que se erige firme de cara al río y al puerto. El

Reseña: *Historias de la Chicago argentina. Rosario, Imaginarios y Sociedad 1850–1950*

Autores: Alicia Megías, Agustina Prieto, Analía Vanesa Dell' Aquila, Mario Glück, Javier Chapo, María Pía Martín, María Luisa Múgica y Pablo Montini. Editorial: UNR Editora, 2022, Rosario, 246 pp. ISBN 9789877026030

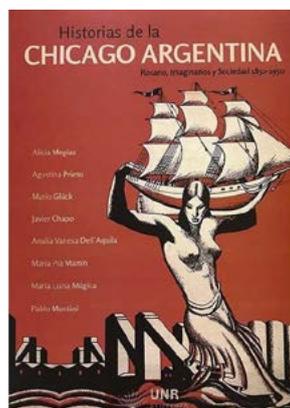
Celina Giménez
Facultad de Humanidades y Artes -
Universidad Nacional de Rosario



título del libro se enlaza con esta imagen: durante la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad de Rosario, aunque carente de la reputación y el prestigio que ostentaban las ciudades de pasado colonial, experimentó un crecimiento demográfico exponencial además de un acelerado desarrollo comercial y financiero que le valió la analogía con Chicago. Este apelativo resulta, empero, polivalente. Durante la década de 1930 la semejanza entre Rosario y Chicago cambia de significado y se sostiene en relación con el auge de la mafia y el incremento de la delincuencia.

Si bien los autores hacen foco en el primer sentido de la Chicago argentina, las historias que narran recuperan de manera crítica, los conflictos, intrigas y enfrentamientos propios de una sociedad turbulenta que acoge imaginarios nunca estables que se tensan, enfrentan, acuerdan y chocan. Se trata de historias —y es importante subrayar el plural— que resultan del trabajo de investigación de historiadoras e historiadores de la Universidad Nacional de Rosario, que rescatan diversos aspectos del pasado local en clave sociocultural. Cada capítulo conserva entonces su integridad y autonomía, de modo que el libro permite un recorrido alternado y no lineal de los apartados y distintas entradas de lectura posibles.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, Rosario creció de manera vertiginosa y su configuración se fue perfilando en estrecha relación con imaginarios en pugna



de una sociedad diversa y cambiante que intentó implantar cierto orden social y delinear fronteras territoriales, simbólicas y morales. Se puede entrar entonces en estas Historias de la Chicago argentina por la frontera: esa línea porosa, efecto de relaciones de fuerza, que se empeña en enunciar un orden moral.

El gradual proceso de diferenciación social que experimentó la ciudad entre 1860 y 1880 posibilitó la emergencia de un grupo hegemónico que intentó modelar un *nosotros* y proyectar límites sociales ordenadores adecuados a la ciudad moderna, liberal y «civilizada» por ellos imaginada. En su trabajo, Analía Vanesa Dell'Aquila analiza cómo en este proceso se construye la figura del criminal como un *otro moral* amenazante. Indios, gauchos, isleños, negros, mulatos, mujeres infanticidas, adúlteras o suicidas, niñas y niños criados en la calle, extranjeros errantes y oportunistas aparecen como

víctimas o victimarios de dispositivos y prácticas punitivas que codifican las conductas y regulan la vida pública. Así, la frontera resulta una configuración coyuntural e histórica de cierto régimen de veridicción que distingue entre «gente decente» y «chusma» —siempre en la mira— separa un *nosotros* de *otros*, señala un adentro y un afuera, establece lo permitido frente a lo prohibido. En esta línea, María Luisa Múgica levanta los sentidos y preocupaciones que encerraba el concepto de pornografía para la sociedad rosarina de fines del siglo xix y principios del xx. Noción vasta ligada originalmente a la prostitución, la pornografía adoptó múltiples significaciones que se asociaron con lo escandaloso, con lo que estimulaba los sentidos, así como con objetos, conductas y lenguajes que debían prohibirse porque perjudicaban la salud física y moral de los jóvenes de la ciudad, atentaban contra la decencia y las buenas costumbres, desestabilizaban el orden que se intentaba imponer, y excedían los límites de tolerancia de la sociedad de aquel momento. Lo pornográfico se exhibía en ciertas frases y ademanes indecorosos, en fotografías de figuras femeninas que adornaban las cajas de cigarrillos, en libros y revistas con contenido obsceno, en textos prohibidos, en tarjetas postales con estampas licenciosas, en publicidades, espectáculos, películas y hasta en adminículos médicos. Múgica recupera en su capítulo algunos de estos

soportes para reflexionar en torno a la pornografía como efecto de sentido inherentemente atravesado por perspectivas morales e higiénicas de la Rosario de entonces. Dichas perspectivas, que fomentan la construcción de un orden moral propio de una sociedad «civilizada», franquean incluso los cuerpos. Discursos y fundamentos médicos, sexuales y morales, se pronuncian también en torno al disciplinamiento y cuidado del cuerpo, habilitando ciertas prácticas y desestimando otras. Javier Chapo repone en su escrito estos discursos para analizar los sentidos y representaciones que sobre el cuerpo y la cultura física femenina se difundieron desde el club Gimnasia y Esgrima de Rosario, fundado por la elite local a inicios del siglo xx. Si bien las mujeres eran aceptadas como socias con iguales derechos y obligaciones que los varones, el único deporte que la Comisión Directiva del club promovía para ellas era el *Lawn Tennis*. Al exigir suavidad en sus golpes y movimientos, este deporte se consideraba una práctica que no masculinizaba el cuerpo ni afectaba la capacidad reproductiva de las mujeres —dejar una descendencia sana y fuerte se sostenía como la función principal de la mujer— y que, además, desarrollaba hábitos esperables de una dama de la elite como el respeto, la camaradería, la habilidad y la destreza. Chapo da cuenta de cómo las distintas estrategias implementadas por el club para vincular a sus

socias con el tenis resultan dispositivos que codifican el cuerpo de las mujeres y cristalizan los valores e imaginarios de «lo femenino»: gracia, ritmo, elegancia, belleza y maternidad. Muchas socias, sin embargo, encontraron intersticios para hacerse oír ante la Comisión Directiva del club y elegir cómo ejercitar sus cuerpos, dado que solicitaron y lograron practicar otro deporte.

Los intentos por consolidar ciertos valores y establecer un orden social apropiado para una ciudad que se pretendía moderna y civilizada, resultaron muchas veces resistidos y enfrentados con otros intereses o imaginarios. A pesar del esfuerzo puesto por algunos grupos en mitigar el desorden, atemperar las conductas y condenar ciertas prácticas consideradas indecorosas, la prensa rosarina exhibe a fines del siglo XIX una ciudad agitada, preocupada por el aumento de crímenes y los excesos de rebeldía. En este contexto, comienza una extensa polémica desatada en torno a los dramas criollos que Agustina Prieto rescata como antesala de los levantamientos propiciados en Rosario en 1893 por grupos revolucionarios y anarquistas, puesto que abre toda una serie de discursos y debates respecto al grado de legitimidad que tuvo la resistencia a la autoridad. La autora describe los distintos posicionamientos ante cuestiones como el magnicidio, la censura de dramas criollos, la violencia como acción de justicia y las prácticas de grupos anarquistas, y los

rehabilita en tanto narrativas que cuestionan o reivindican el desconocimiento de principio de autoridad y lo vuelven objeto de debate público.

El orden social basado en la cultura liberal-moderna fue cuestionado, asimismo, por el laicado católico local que, con la creación de la Acción Católica Argentina —durante la década de 1930— buscó combatirlo. La historiadora María Pía Martín estudia cómo, mediante esta institución, la jerarquía eclesiástica procuró centralizar la acción social de la Iglesia, reorganizar la vida parroquial y conformar una militancia católica que sostuviera ideas reformistas, nacionalistas y fuertemente anticomunistas, y conquistara el espacio público para alcanzar una presencia notable en la sociedad civil. Con el objetivo de recatolizar la sociedad, ganar la calle y mostrarse comprometida con causas sociales consideradas justas, la Acción Católica Argentina organizó movilizaciones en defensa de la vivienda popular, participó en actos masivos por la celebración del día del trabajador y apeló a la familia, a la propiedad, a la educación y a la justicia social como principios centrales de la moral cristiana.

Otra entrada posible a las Historias de la Chicago argentina es desde la memoria. La creación de una narrativa significativa sobre el pasado y la construcción de un *nosotros* se disputa también desde la memoria. Los grupos que rivalizaron por imponer su propia versión del pasado

se valieron de distintas estrategias para formalizar y materializar en la ciudad este relato. Los nombres de las calles, además de facilitar la comunicación postal, de transporte y vigilancia, pueden resultar artefactos portadores de memoria y creadores de identidad. En este sentido, Mario Glück propone un recorrido por la historia de las múltiples nominaciones que recibió una calle céntrica de Rosario —Mensajerías, 25 de diciembre, Brigadier General Juan Manuel de Rosas, de nuevo 25 de diciembre y finalmente, Juan Manuel de Rosas— como forma de condensación simbólica de distintas representaciones del pasado que los actores encargados de nominar las calles lucharon por imponer. Glück repone en su capítulo los distintos relatos que fundamentaron estos cambios de nombres —que rescataron acontecimientos o personajes considerados fundantes— y los lee en su historicidad para dar cuenta de que forman parte de una narrativa identitaria, disputada e inestable. El interés por objetivar un relato del pasado que concediera a la memoria un carácter fundacional aparece también cristalizado en la creación del Museo Histórico Provincial de Rosario: aquí la historia se vuelve objeto de memoria. Pablo Montini reconstruye la gestación del museo —desde el decreto que le daba inicio en 1936, hasta su inauguración en 1939— para analizar las estrategias patrimoniales y administrativas que se pusieron en juego durante este

proceso y comprender las prácticas propias del paso del coleccionismo privado al público. El proyecto de creación de un museo científico, que deviene histórico luego, surge en un marco político y estatal favorable a la expansión de obra pública y de embellecimiento urbano y al fomento de organismos, actividades y paseos culturales que aparece manifiesto en apoyo político y presupuestario del gobierno provincial, municipal y nacional a Julio Marc, encargado de dirigir y gestionar el nuevo museo. Montini sostiene que las prácticas de Marc como coleccionista apasionado por la historia resultan esclarecedoras a la hora de seguir sus estrategias para adquirir la sustancial colección del museo. Esta incluía distintas piezas de numismática, arqueología, arte americano indio y colonial, folklore y de historia nacional y local, así como una biblioteca y un importante archivo de fuentes. El museo rosarino se destacó entonces no solo por asumir una función patriótica, patrimonial y cultural relevante, que preservaba el pasado y construía una herencia e identidad común, sino también cuando empezó a proyectarse como centro de investigación y de labor historiográfica.

Así, estos dispositivos de memoria, que procuran reforzar una idea de origen común y patrimonializar el pasado, pueden leerse como intentos de vehiculizar un *nosotros* futuro. En contraposición a dicha voluntad de permanencia, aparecen en el libro otros grupos que solo buscan llegar a

sus contemporáneos, y se valen de sopor-tes más difusos y fugaces. Semanarios sa-tíricos y revistas emprendidos entre 1870 y 1914 son analizados por Alicia Megías para seguir el rastro brumoso de periodistas e intelectuales rosarinos. Se trata de publica-ciones en gran medida efímeras, activas y cambiantes; emprendidas por equipos de personas de distintos oficios que se vieron frecuentemente enredadas en intrigas y querellas políticas. La autora construye entonces un tejido complejo de publica-ciones editoriales inestables para revelar el derrotero de quienes fueron protagonistas del proceso de profesionalización del tra-bajo periodístico y editorial en la ciudad y conformaron, paulatinamente, una franja de artistas e intelectuales.

Historias de la Chicago argentina per-mite así múltiples entradas, puesto que rescata una Rosario poco explorada, pero sobre todo híbrida. A medida que cada relato vuelve inteligibles ciertos imagina-rios de una ciudad que intenta definir un orden político, moral y social, delimitar las fronteras del delito, de lo permitido y de lo prohibido, delinear los perfiles de sus ciudadanos, generar su mundo periodístico e intelectual, nominar sus calles y patrimonializar su pasado; se descubren otras tramas que abren nuevos interrogantes. En una Rosario huérfana de mitos de origen, la propuesta de los autores interpela porque resulta un acto de fundación plural y crítico: siempre incompleto, resistido y estallado.